

Las familias en misa

“Hagan esto en memoria mía”.

La memoria es un rasgo humano sobresaliente. En el nivel básico de la biología aprendemos que todas las células de nuestro cuerpo son continuamente remplazadas y que no somos literalmente la misma persona que éramos hace unos cuantos años. No obstante lo anterior, resulta sorprendente que la memoria se trasmite de una célula a otra. Somos capaces de recordar quiénes somos, qué pasó el último año, y la forma precisa como nos gusta comer un platillo con huevo. La memoria no es otra cosa sino una herramienta divina, un regalo de Dios que nos permite realizar las cosas comunes de cada día. Es también una forma de traer a las personas y experiencias del pasado al tiempo presente.

La memoria tiene una naturaleza dual. Se parece al fuego, porque cuando se maneja cuidadosamente ofrece luz y calor, pero si se descuida, consume todo lo que encuentra a su paso. De alguna manera, podemos usar nuestra memoria para practicar el arte de la reflexión, o la podemos usar para evadirnos del presente y refugiarnos en el pasado.

La misa es una recreación de la memoria. Cuando nos reunimos cada semana en la iglesia, usamos la memoria para uno de sus fines más excelsos: recordar las palabras y los hechos de Jesús, recordar que somos sus seguidores, y para decidir lo que debemos hacer para “amar y servir a Dios”.

Vivan al máximo la misa

Estas son algunas maneras que podrán servirles a ustedes y a su familia para tener una experiencia más provechosa de la misa:

- Si la misa se ha convertido para ustedes en algo rutinario, imaginen que están ahí por vez primera. ¿Qué aspecto descubren ahora que antes no habían apreciado? Vean la belleza, el ritmo de las oraciones, los cantos, las lecturas, reflexiones y la comunión del cuerpo y sangre de Cristo.
- Estén atentos en cada misa a una palabra o frase en particular que les resulte significativa. Guárdenla en su corazón y reflexionen en ella durante los momentos de oración de la semana.
- ¿Qué significa para ustedes la participación en el cuerpo y sangre de Cristo? Pídanle a los miembros de mayor edad de su familia, que respondan esta pregunta a la hora de la cena.
- Estén al pendiente de que su hijo o su hija moje su mano en la fuente de agua bendita que está a la entrada de la iglesia. Recuérdenle a su hijo o a su hija su Bautismo.

- Al terminar la misa deténganse un momento a encender una vela y oren un momento por alguien que haya muerto o esté enfermo. Pregúntenle a su hijo por quién le gustaría orar.
- Vivan de manera especial con su familia el trayecto de ida y venida a la iglesia. De antemano organícense para celebrar una comida especial. Animen a sus hijos a que inviten a sus amigos o incluyan a miembros de su familia extendida en la participación en la misa. Canten uno de sus cantos preferidos como acción de gracias antes de los alimentos o mientras pasean juntos en el automóvil.
- Recorran junto con su hijo el templo parroquial. Ayúdenle a descubrir la dimensión sagrada que existe en ese lugar. Háganle notar la presencia de los adornos propios del período litúrgico y explíquenle la razón por la que están ahí. Observen algunos de los vitrales y explíquenles quiénes son las figuras que aparecen en ellos. Díganle que la lamparita que está junto al sagrario indica la presencia de Jesús sacramentado. Al salir del templo, llamen la atención de su hijo hacia la pila del agua bendita que está a la entrada y explíquenle la razón por la cual se encuentra en dicho lugar.

El católico practicante

Al igual que muchos otros católicos, dejé de asistir a misa en cuanto comencé a vivir por mi propia cuenta. Cuando nació mi primer hijo, decidí volver a participar. Luego de varias semanas de asistir domingo tras domingo, vino a mi mente un pasaje de la Primera Carta a los Corintios, que dice: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, razonaba como niño; al hacerme hombre, he dejado las cosas de niño” (13:11). Esta lectura me hizo darme cuenta de que mi idea de la misa había permanecido inalterada desde que estaba en la preparatoria. Nunca me había puesto a pensar que siendo adulto y padre de familia, las oraciones y las lecturas me impactarían de forma muy distinta. Un domingo, mientras escuchaba la Oración colecta, experimenté una ola de emoción que me sobrecogió por completo. Aunque conocía de sobra dichas palabras, parecía como si las estuviera escuchando por vez primera, y comencé a llorar sin parar. Esto ocurrió hace dieciséis años, y aunque he dejado de llorar, no he dejado de ir a misa.

—Ann O'Connor, autora de *The Twelve Unbreakable Principles of Parenting* [Los doce principios inquebrantables de la paternidad] (ACTA)

La misa y su familia

Las familias pueden encontrar una gran cantidad de obstáculos para asistir a misa cada semana: los pretextos diarios, las quejas de los niños, el cansancio propio o la simple inercia. No obstante, de la misma manera que superamos todos los obstáculos a fin de asegurar el bienestar de nuestros hijos, la asistencia a misa amerita que hagamos ese esfuerzo. Nada es tan importante para el bienestar espiritual de nuestros hijos que el formar parte de una comunidad de fe. Todo lo que ahí sucede tiene un enorme impacto en la vida de un niño; para empezar, la misa es lo que marca el ritmo de toda la semana, ofrece un momento de (relativa) quietud, nos permite estar en la presencia de un grupo de personas que cantan, oran, reflexionan, piden perdón y comparten el Cuerpo y Sangre de Cristo. Todo esto ocurre aun cuando parezca (tal como ellos alegan) que él o ella no experimentan nada de esto. La participación en la misa es una de las muchas cosas que su hijo o hija no podrá apreciar sino hasta que crezca. Sigán participando. Le están dando un regalo que durará una eternidad.